

## PREGÓN DE LA NAVIDAD DE 2002

para el Colectivo Amigos de los Reyes Magos  
del Puerto de La Cruz

El pregonero, belenista que llega desde el levante peninsular, desde la ciudad de Alicante, tan amablemente invitado por el Colectivo Amigos de los Reyes Magos, del Puerto de La Cruz, el pregonero se siente dichoso por proclamar la buena nueva de la Navidad. Y también siento una enorme responsabilidad, un extraordinario respeto al decir aquí, como el ángel a los pastores de Belén hace 2002 años: "Anuncio una gran alegría: ha nacido el Redentor".

Pero, ¿cómo poder conjugar esta santa alegría de la Navidad que nos proclama el ángel de la Anunciata, con la realidad de un mundo repleto de rencores, de envidias, de inconfesables ambiciones y anhelos malvados? Un mundo estremecido por el terrorismo, el fanatismo, la pobreza, la emigración, la guerra...

Personalmente estoy convencido de que, con el advenimiento del siglo XXI, ha comenzado una nueva etapa, una nueva era en la Historia de la Humanidad, en la que habrá avances prodigiosos en la técnica, en la ciencia, en la medicina, en tantas y tantas facetas que atestigüan el progreso de que es capaz el ser humano. Ojalá que ese progreso no continúe empañado por el odio, el egoísmo, la codicia, por tantos factores negativos que son un freno para que la Historia encuentre su plenitud, retardando la llegada a la meta que los designios divinos han propuesto para los habitantes de este pequeño planeta llamado Tierra, que sólo es una minúscula e insignificante partícula de la grandiosidad maravillosa e inabarcable del Universo. Un Universo cuyos misterios apenas vislumbramos todavía con la razón, aunque intuimos desde la fe como un sublime reflejo de la infinita dimensión divina.

Esa divinidad que tan lejana nos parece en su esencia eterna e incomprensible, pero que, precisamente por ello, quiso hacerse cercana, presente, visible, y se hizo hombre,

palabra y carne como nosotros, naciendo en el establo de una cueva de Belén. Para muchos la Historia cambió entonces, porque Dios ya estaba con nosotros, junto a nosotros. Es el Emmanuel, Jesús, el Mesías Redentor, que nos convierte en hijos de Dios, liberándonos de la esclavitud del pecado y de la muerte.

Por eso, cada año, cuando llega la Navidad, millones de personas, al recordar el nacimiento del Redentor, tenemos unos sentimientos de ternura especiales. Aunque todos los años, todos los días, en nuestro mundo continúan sucediendo monstruosidades espantosas e injusticias clamorosas. ¿Qué postura hemos de tomar, pues, los cristianos ante este aparente fracaso de la doctrina del Amor que Jesús, nacido en Belén, predicó y practicó ejemplarmente? ¿Caben el lógico desánimo, el pesimismo, el fatalismo ante esta situación que parece irremediable? ¿Tiene sentido celebrar con alegría la Navidad nuevamente, ahora, este año 2002 que nos ha vuelto a traer tanto dolor, tantos sufrimientos e injusticias? ¿Por qué los belenistas volvemos a representar candorosamente las tiernas escenas del Nacimiento de Jesús en la cueva de Belén, del Anuncio del ángel a los pastores, del viaje ilusionado de los Magos de Oriente...?

Reflexionemos... Pensemos que la gota de agua que cae persistentemente sobre la roca es capaz de agujerearla. Intentemos ser como esa gota de agua con nuestra actitud vital, poniendo todo nuestro empeño en evitar que haya tanto derroche mientras que otros sufren en la pobreza, angustiados por la ausencia de lo imprescindible. Procurando que la algarabía de morbosas historias de indignidad y excesos no tape el llanto y la protesta de quienes nada tienen porque el mundo es atroz. Intentando no vernos arrastrados fatalmente por el rencor, la venganza o el odio, sino por firmes propósitos de reconciliación y de justicia auténtica fundamentada en la verdad. No olvidando que a nivel de familia, de trabajo, de simples relaciones vecinales, todos podemos contribuir a la concordia evitando enfrentamientos, discusiones y malquerencias con el decidido empeño de ser instrumentos de armonía, de energía positiva, de feliz fraternidad y de dicha entrañable. Trabajando para lograr que el progreso no sea una trampa alienante

y caótica, sino el liberador destino que la Humanidad ha de alcanzar guiada por la inteligencia y la honestidad. Esforzándonos hasta el límite para sembrar de alborozo y de esperanza cada día; para cumplir dignamente con nuestras obligaciones cotidianas, con la voluntad de que el bien común impere siempre, fuerte, limpio y ecuánime. No dando ni un solo paso sin tener constantemente presente el mensaje de Jesús, porque Él es Camino, Verdad y Vida, algo que olvidamos continuamente, pero que no es una utopía irrealizable, como nos enseñan tantos testigos vitales de la doctrina del Amor.

¡Sí, la doctrina del Amor! Y es que aunque es evidente que el mal existe en el mundo, igualmente existe el bien, la bondad, siendo numerosos los ejemplos que nos ayudan y nos consuelan si sabemos encontrarlos entre la maraña de escándalos, de corrupciones, de engaños, de odios que los ocultan. Y que, tantas veces, también ocultan el auténtico significado de la Navidad de Cristo, que hoy celebran algunos con despilfarro y juergas, con consumo alienante, con frenéticas ansias de loca diversión, porque en vez de adorar a un niño recién nacido en un pesebre, rodeado de la ternura de las gentes sencillas y del calor de un buey y de una mula, adoran los ídolos del hedonismo y del consumismo voraz, arropados por el brillo del dinero, de la ambición y del materialismo, hasta convertir los muchos valores de fe, de emoción, de afecto, de tradición, de familia, de raíces populares que la Navidad entraña, que la Navidad compendia y que la Navidad transmite, en unas fiestas desquiciadas sin ningún sentido para ellos.

Ojalá que este no sea nuestro caso. Ojalá que ninguno de nosotros olvide que la Navidad de Cristo es una invitación a la reflexión profunda, al examen de conciencia, al tranquilo repaso a nuestra propia vida. Porque Cristo -Camino, Verdad y Vida- nació en la pobreza de un pesebre para mostrarnos el verdadero camino hacia la vida plena, aquella por la que habremos de esforzarnos sin tregua, con nuestro comportamiento modélico, con nuestro trabajo responsable, con nuestro aliento ante el desánimo, con nuestra crítica constructiva, con nuestro sacrificio

callado, con nuestra alegría o nuestras lágrimas, con nuestro afán por la concordia, con nuestro luchar por la justicia, con nuestro interés por la armonía, con nuestro desvelo por la paz, con nuestro silencio en el estruendo, con nuestra cordura frente al tumulto, con nuestra denuncia valerosa, con nuestra reflexión en la polémica, con nuestra exigencia de sinceridad y honradez, con nuestra confianza de que siempre es posible mejorar día a día, porque siempre habrá metas que alcanzar más allá de la meta. Horizontes de luz brillando más espléndidos detrás del horizonte que nuestro sol alumbraba.

El sol... Precisamente desde un punto de vista histórico la celebración de la Navidad tiene mucho que ver con el sol. Y es que la fecha exacta del nacimiento histórico de Jesús, en Belén, durante el imperio de Octavio Augusto, siendo Herodes el Grande rey tributario de toda Judea, no la conocemos. Si la Iglesia la celebra en la noche del 24 al 25 de diciembre es porque esta fecha coincidía con las grandes celebraciones paganas de las saturnales. Sí, aunque nos parezca increíble, nuestra entrañable Navidad hunde las raíces de su celebración histórica en unas fiestas paganas. La llegada del solsticio de invierno el 21 de diciembre, cuando el sol que hasta entonces ha ido muriendo, porque los días son cada vez más cortos, vuelve a nacer, es decir, vuelve a ir alumbrando cada vez más; la llegada del solsticio de invierno era festejada con grandes celebraciones en todo el mundo pagano. Celebraciones profundamente arraigadas entre el pueblo que la cristianización no pudo suprimir. Y es por ello por lo que la Iglesia, sabia, decidió transformar estas fiestas del nacimiento del sol en las fiestas del nacimiento de Cristo, el nuevo sol de los cristianos. Así pues, desde el siglo IV, concretamente en el año 354, el Papa Liborio estableció oficialmente la noche del 24 al 25 de diciembre como la fecha del Nacimiento de Cristo, instituyéndose la fiesta de la Navidad. Una fiesta de luz y de amor que iluminaría desde entonces los corazones gozosos de las gentes de buena voluntad.

Desde el primer momento el Arte se sintió atraído por la representación plástica de las escenas de la Natividad de Cristo. ¡Era tan encantador el tema!: el misterio de la Virgen madre, del niño Dios; el protagonismo de personajes tan diversos como los ángeles, los pastores, los Magos, no podían por menos que hacer vibrar la inspiración y la sensibilidad de los artistas que, además, podrían también patentizar de forma visual su devoción, su fe... Ya en las catacumbas encontramos escenas relacionadas con la Navidad, y los mosaicos bizantinos nos ofrecen también un riquísimo muestrario de estas escenas, que posteriormente decorarían los capiteles y muros de las iglesias románicas, las vidrieras y retablos de las catedrales góticas, los altares de los templos renacentistas y barrocos. ¡Cuánta belleza pintada al temple o al óleo y labrada en piedra, alabastro o madera polícroma! ¡Cuántas obras maestras debidas al genio de artistas anónimos o consagrados que a través de los siglos se han sentido extasiados ante el Misterio de la Natividad del Mesías!

Y la parquedad con que los Evangelios canónicos relatan el Nacimiento de Jesús ha sido complementada con las narraciones ingenuas, candorosas, maravillosas a veces, de los evangelios apócrifos, creándose con esta amalgama de historia y fantasía una iconografía sublime sobre la Adoración de los pastores, la Presentación en el Templo, el fastuoso cortejo de los Magos de Oriente, la Degollación de los Inocentes, la Huida a Egipto, el Hogar de Nazaret.

¡Qué regocijo de paisajes exóticos o cercanos, de rebaños y pastores, de arquitecturas humildes o lujosas, de personajes múltiples, variopintos, contemplando en el Templo la legal ceremonia; participando en la cabalgata oriental de los Magos, con sus corceles y dromedarios engualdrapados de damasco y terciopelo, recamados de

joyas, abigarrados de rara fantasía, dirigiéndose en tropel festivo al sereno taller de carpintero donde brilla el silencio del amor candoroso, donde José trabaja y educa al niño que crecerá en edad, sabiduría y gracia; gracia del Padre Eterno realzando en María su virginal presencia! María que medita en su corazón tanto prodigio cotidiano, tanta celestial manifestación, entonando la oración venturosa que su pureza emana. María cobijando en sus brazos la infantil fragancia fruto de sus entrañas, caminando hacia Egipto por prados y roquedos con la esperanza puesta en la Palabra santa, que es ya su propia carne.

Y mientras el arte plástico ponía ante los ojos del pueblo fiel todas estas escenas, convirtiéndolas en algo cercano, humano, impregnado de entrañable ternura, los poetas, orfebres de la palabra, cincelaban con sus versos los sentimientos más profundos, las frases más hermosas, las expresiones más líricas y evocadoras. Poemas que, por obra y gracia de la música, se convierten en dulces y melodiosos villancicos, para cantar familiarmente durante las fiestas navideñas.

A mí me emociona particularmente nuestro villancico popular que entona: "La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más...", porque toda la filosofía más profunda se encierra en esa sencilla letrilla y a su evocación un tropel de seres queridos, de nostálgicos pretéritos e inapelables futuros se acumulan en mi corazón hasta rebosar de sentimiento. ¡Cuántos que ya no están están presentes ante mí, ante todos nosotros mientras entonamos nuestros villancicos! Como espero que lo estemos algún día nosotros también cuando otras voces, ahora niñas, nos sustituyan en el camino de la vida y repitan estos estribillos rebosantes de sencillez, de bondad, de amor.

Sencillez, bondad, amor, es decir, belén, belenismo. Arte y poesía corporeizados en el trabajo más humilde, para algunos incluso el más intrascendente, pero que en nuestra época es la manifestación de una catequesis heredera de las más antiguas tradiciones plásticas, ahora que ya no se construyen catedrales ni retablos, aunque todavía tenemos necesidad de ver y sentir el mensaje de la verdad y la paz.

¿Qué tiene el belén que conmueve y llena de ternura nuestros corazones?

Cuando los padres cogen en sus brazos a los niños para mostrarles las escenas evangélicas del belén están transmitiéndoles un indefinible mensaje de amor cuya huella perdurará año tras año. Muchos y variados serán los caminos que esos niños recorrerán hasta su madurez, pero cada vez que contemplen un belén volverán a sentir el abrazo amoroso de sus padres, la alegría, las ilusiones, la ingenua ternura de su niñez y ellos mismos, tal vez agnósticos ahora, cogerán en brazos a sus hijos para volver a mostrarles las escenas evangélicas de la Navidad y con una emoción nacida de sus entrañas irán perpetuando esa magia maravillosa e imperecedera que el belén encierra.

Popular y anacrónico o mabientado en los paisajes bíblicos el belén siempre ofrece un mensaje profundo plasmado en sus escenas: la humildad de María aceptando la voluntad eterna que Gabriel le anunciaba; la fe de los pastores que encontraron a un niño en un establo, postrándose ante él con reverencia; la sublime esperanza de los Magos, capaz de ver la luz del Dios auténtico; el amor de José, aquel hombre valiente y bondadoso, trabajador y austero, confiando en la fuerza del Espíritu que le empujaba allende del desierto para salvar al niño, que le alentaba en el hogar bendito de la ejemplar Familia. ¡Cuánta enseñanza para el hombre de hoy que tanto sabe, y que no sabe nada porque ha olvidado las verdades sencillas, pero eternas!

Y permitidme que os diga, Amigos de los Reyes Magos del Puerto de La Cruz, que dentro del belén una de las escenas que personalmente represento con más preferencia y con mayor cariño es la de los Magos, seguramente porque aquellos momentos de ilusión irrepetible que la fiesta de los Reyes Magos despierta en los niños, es algo que continúa latiendo muy dentro de mí, de tal manera que cada año es motivo para recordar emocionado a mi padre, que me construyó el primer belén, y a mi abuela ayudándome todas noches a ir haciendo descender, por los empinados caminos de aquel belén de cartón, la caravana de los Reyes Magos, que llegaría en la noche mágica del 5 de enero frente al Portal, para descabalgarse de sus corceles y postrarse ante el niño.

Surge un cometa esplendente  
y a su resplandor divino  
han iniciado el camino  
tras sabios Magos de Oriente.

El Amor es quien los guía  
y es su fe convencimiento  
de un glorioso nacimiento  
que traerá al mundo alegría.

En su marcha hacia Judea  
meditan, piensan, cabilan  
y en su corazón perfilan  
mil ideas que Dios crea:  
se renovará la Historia,  
todos seremos hermanos  
y el hombre tendrá en sus manos  
instrumentos de victoria.  
No habrá odios, ni egoísmo,  
ni venganzas, ni maldad.  
La paz en la Humanidad  
ya no será un espejismo.

Cabalgan por los desiertos,  
atraviesan ríos, montes,  
marchan a los horizontes  
de futuro descubiertos  
por la fe que los anima,  
por su anhelo que les mueve

a hallar lo que les renueve  
donde el camino termina.

La estrella resplandeciente  
afianza en sus corazones  
las benditas ilusiones  
de ese hallazgo sorprendente.

Dichoso empeño, dichoso,  
caminar tantas jornadas  
por sendas ilusionadas  
con corazón jubiloso.

La mayor gloria del mundo  
ya no significa nada  
al pensar en la llegada,  
en cómo será el segundo  
cuando encuentren al Mesías;  
cuando postrados de hinojos  
verán con sus propios ojos  
al que es la luz de sus días.  
A ese niño que es semblanza  
y encarnación de Dios vivo  
convirtiéndose en motivo  
de verdad y de enseñanza.

Y el resplandor de la estrella  
les señala finalmente  
que es su destino presente  
una casa que destella  
con íntimo resplandor  
en Belén, pequeña aldea  
donde el alma se recrea  
pues el Supremo Hacedor  
muestra allí su Epifanía  
a todo aquel que porfía  
por la senda del Amor.

Los tres Magos se emocionan  
entrando en aquella casa  
porque el amor les rebasa.  
Y en su corazón entonan  
himnos de gracias al Cielo,  
por haber visto al Señor,  
al Mesías redentor,  
Rey de la paz y el consuelo.

Saben muy íntimamente  
que ya han colmado sus vidas  
de las gracias más queridas,  
del anhelo más ferviente.  
Y reconocen también  
que después de aquel instante  
no habrá estrella más brillante  
que el Lucero de Belén.

Dulce Jesús, niño mío,  
tú que en brazos de María  
sonreíste aquel día  
a los tres Magos, confío  
tener fe para encontrarte,  
para poder adorarte  
y ofrecerte mi cariño.  
Se mi estrella, dulce niño,  
en esta vida terrena  
y no habrá ninguna pena  
que oscurezca la ventura  
de gozar de tu ternura  
que tanto el alma serena,  
que tanta paz me procura  
para llegar a tu meta  
con una vida repleta  
de amor y de confianza  
en la sublime esperanza  
que anunciaba aquel cometa.

Resplandece de dicha la morada  
donde los Magos hallan al Mesías,  
a un niño, Dios de Dios, que las porfías  
aplaca con la paz de su mirada.

En brazos de su madre, Virgen pura,  
sonríe a aquellos sabios llegados  
del Oriente, y ellos se ven colmados  
de alegría, de la mayor ventura.

Su poder de magnates, su riqueza,  
toda la gloria que en los astros vieron  
ya nadan significan ante el niño,  
pues no hay mayor honor ni más grandeza  
que el esplendor de amor que descubrieron  
en la admirable luz de su cariño.

¡Bendito hogar, junto a José y María  
allí Jesús tuvo su Epifanía!

Estos son algunos de los muchos versos que le he dedicado también a los Reyes Magos, cuya festividad tradicional hemos de defender frente a otras modas extrañas, como hacéis los miembros del Colectivo Amigos de los Reyes Magos del Puerto de La Cruz.

La Epifanía del Señor, es decir, la primera manifestación al mundo pagano del Hijo de Dios hecho hombre, está indefectiblemente unida a las festividades navideñas, siendo San Mateo el único que hace referencia a ella en su Evangelio cuando dice en los relatos de la infancia de Jesús, que unos Magos vinieron de Oriente para adorar al Mesías recién nacido, porque habían visto brillar su estrella.

Pero el evangelista no especifica cuántos eran esos Magos, ni cómo se llamaban, ni de dónde procedían exactamente, sin que las preguntas que desde antiguo se hicieron al respecto hayan dado respuestas indiscutibles. En lo que respecta al número, los testimonios arqueológicos fluctúan considerablemente, presentándonos dos, tres, cuatro y hasta ocho o doce. Ha prevalecido, no obstante, el número de tres, acaso por correlación entre el oro, el incienso y la mirra que ofrecieron; o porque se les creyó representantes de las tres razas descendientes de Sem, Cam y Jafet; o en alusión a las tres edades del hombre, juventud, madurez, vejez. Además, la representación iconográfica del negro no aparece hasta el siglo XIV para remarcar la universalidad del mensaje redentor de Cristo.

Los nombres que se les dan de Melchor, Gaspar y Baltasar aparecen en un manuscrito parisino de fines del siglo VII. Su condición de reyes, que carece absolutamente de fundamento histórico, parece haberse introducido por una interpretación demasiado literal del Salmo que dice: "Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecen dones; los reyes de Arabia y Sabá le traerán regalos". Nunca en las antiguas representaciones del arte cristiano aparecen con atributos regios, sino simplemente con gorro frigio y hábito de nobles persas. También sobre el lugar de

su origen discrepan los testimonios antiguos. Unos los hacen proceder de Persia, otros de Babilonia o de Arabia, y hasta de lugares tan poco situados al oriente de Palestina como Egipto y Etiopía. Sin embargo, un precioso dato arqueológico del tiempo de Constantino muestra la antigüedad de la tradición que parece interpretar mejor la intención del evangelista, haciéndolos oriundos de Persia. Refiere una carta sinodal del Concilio de Jerusalén, del año 836 que en 614, cuando los soldados persas de Cosroas II destruyeron todos los santuarios de Palestina, respetaron la basílica de la Natividad en Belén, porque, al ver, el mosaico del frontispicio que representaba la Adoración de los Magos, los creyeron compatriotas suyos por la indumentaria que vestían.

Si nos inclinamos por el origen persa de dichos viajeros, comprenderemos mejor el alcance del relato de San Mateo. Los magos de Persia, en sus orígenes, no tienen nada que ver con los prestidigitadores egipcios, ni con los astrólogos caldeos, ni en general con los adictos a la magia. Los magos persas eran una casta de sabios y sacerdotes dedicada al culto a Ormuz, el dios del Bien, opuesto a Harimán, el dios del Mal, entre los cuales hay entablada una perpetua lucha por el dominio del mundo, que acabará con la victoria definitiva del Bien sobre el Mal, gracias a la ayuda de un futuro Auxiliador. Este Auxiliador, por influencia de las esperanzas y la fe del pueblo judío durante su cautividad en Babilonia, se habría ido identificando entre algunos persas piadosos, conocedores de las Escrituras bíblicas, con el Mesías Rey de los judíos, de manera que, al percibir un fenómeno estelar, lo relacionaron con él, pasando tal vez a través de una interpretación del oráculo de Balaam: "Saldrá una estrella de Jacob, un cetro surgirá de Israel". Sea de ello lo que fuere, lo que podemos decir es que, de una manera u otra, Dios los movió a ponerse en camino al ver la estrella y dirigirse a Israel en espera de un gran rey.

En el relato de San Mateo la estrella tiene un papel importante. Es una estrella que los Magos vieron en Oriente, pero que luego no volvieron a ver hasta que salieron de Jerusalén camino de Belén; entonces se mueve delante de ellos en dirección norte-sur y, finalmente, se para sobre la casa donde estaba el niño. La naturaleza portentosa de este fenómeno excluye cualquier intento de indentificarlo con acontecimientos astronómicos naturales. La estrella de Jesús tendría, pues, un carácter preternatural, y sólo habría sido visible para los Magos, quienes, a su vez, son el símbolo del alcance universal de la misión de Cristo, que viene, sí, en cumplimiento de las promesas hechas a Israel, pero para realizar una tarea redentora que afecta también a todas las gentes.

Por eso, el pregonero de la Navidad os dice a todos que aunque fuera porque en nuestra debilidad y nuestro egoísmo necesitamos recordar año tras año lo que supuso para la Humanidad el nacimiento de Jesús, celebrar la Navidad ya tendría plena justificación. Pero, lógicamente, no basta con el solo recuerdo, porque la Navidad nos exige también un compromiso vital y pleno, consciente y responsable. Con la responsabilidad de saber que, después de 2002 años, no hemos sido capaces de cumplir el programa redentor que la doctrina de Jesús entraña. Pero también con la alegría de quien sabe que, a pesar de nuestra debilidad humana, Dios está a nuestro lado para ayudarnos a levantarnos en cada caída, en cada tropiezo.

Ojalá que esta alegría nos siga iluminando, sin deslumbrarnos, para trabajar diariamente disfrutando de las pequeñas cosas que la vida nos ofrece; para comprender que la felicidad no depende de la riqueza ni del poder; que la felicidad brota íntima y profundamente de nuestra tranquilidad de espíritu, de nuestra conformidad responsable y sincera ante los designios de la voluntad divina, que nos ha creado a su imagen y semejanza, a imagen y semejanza de aquel niño nacido en Belén, el Cristo, Dios hecho hombre para mostrarnos a todo el género humano que la auténtica verdad para una vida plena sólo es el Amor.

7 de diciembre de 2002